

IEDO

agitado lo describían ya los propios fundadores del comunismo, Marx y Engels, en el Manifiesto que comenzaba con estas palabras: "Un fantasma recorre el mundo...". Se sabe bien que estos anticomunistas no están combatiendo realmente el comunismo, sino otras fuerzas: las izquierdas en general, el liberalismo, la democracia como sistema. Y al mismo Gobierno. Se sabe cómo sobrecargan las tintas en elementos introducidos en la sociedad, como la pornografía o las drogas, o las costumbres llamadas licenciosas, para achacarlo todo a los sistemas que se quieren implantar. No buscan estos creadores del pánico evitar el comunismo, porque saben que está muy lejos de cualquier posibilidad de poder en el país, y porque si no existiera, lo inventarían: buscan evitar unas formas de representación popular y, por lo tanto, unas nuevas formas de administrar riqueza y pobreza en España que serían contrarias a sus intereses. No a los intereses del gran dinero, porque el capitalismo sabe muy bien abrazar las vías democráticas y sabe cuáles son los caminos que puede abrir a España una apertura de esta índole, sino a los intereses del pequeño poder despótico, de la corrupción, del abuso y de una serie de canalizaciones por donde se desangra la economía nacional. Soportar un Tribunal de Cuentas renacido y en pleno vigor, aguantar discusiones en unas Cortes libres, leer lo que puede publicar una prensa independiente, es algo que no pueden ni siquiera imaginar.

ESE es su miedo. Y lo proyectan sobre quienes no tienen que defender más que unas posiciones modestas y débiles, y que creen que todo se lo deben a esta situación, y que con otra resultarían empobrecidos, perseguidos o aniquilados. Hacia una clase media siempre tambaleante que está queriendo producir su revolución académica, a la que nunca ha tenido verdadero derecho. La Historia de nuestra Patria en el último siglo, quizá en el anterior, es la de unas revoluciones burguesas: una trajo la República, y fue aniquilada. Otra trajo el régimen de 1939, y fue burlada. Estamos ante una tercera revolución burguesa. La vía para frustrarla es esta conversión del proceso democrático en lo que consideran un caos cuya salida es la guerra civil.

LUCHAR contra ese espectro prefabricado es, sobre todo, misión de cada uno. Es un examen real de las circunstancias en que está el país, y es un conocimiento lo más exacto posible de que una guerra civil es imposible, que no tiene sentido, y que los mejores resortes para evitar en el futuro una situación realmente terrorífica están en canalizar al país por una vía normal. La presentación de esta vía que se abre como anormal es una manipulación de la realidad, y atribuir la normalidad a aquello que no ha sido más que una larga excepción, en la cual la violencia tenía un semblante distinto.

LOS profetas de la desgracia, los que insisten en que el pueblo español tiene una "naturaleza" especialmente agresiva —contra toda ciencia—, los que indican que sólo "la mano dura" puede prevalecer, los que pretenden que el país es "ingobernable", los que hacen sonar —como en la frase de Lera— los "clarines del miedo", son los verdaderos creadores del desorden y del caos, que a veces tiene manifestaciones tan agudas como el secuestro de personalidades o los asesinatos de ciudadanos. Decir no a este miedo que nos quieren imponer, no dejarnos llevar por él, no caer en la trampa, es la única actitud posible en estos momentos. ■

Los
CoNteM
poRa
nEoS

RECUERDO DE UN VIEJO ENERGUMENO

VALENTIN González iba por las noches al café Mabillon. En su torno se sentaban sus compañeros: los albañiles de su cuadrilla. Volvían cansados de su trabajo en las afueras de París. Habían comido lo que les guisara Fernando Barros en la fogata encendida en el solar. Fernando Barros era un caballero. Llevaba su pobreza con naturalidad antigua, y no accedió nunca a trabajar con sus manos. Problemas de hidalgo pobre. Pero sí había aceptado el empleo de cocinero de la cuadrilla. La cocina es un arte de gentil hombre. Aunque se guisen cuatro patatas y un conejo mal cazado. Por la noche, los derrotados alarifes se reunían en el café más barato y más prolongado —ouvert la nuit— de St. Germain-des-Près y vivían otra vida. "¿Recuerda usted, mi general, cuando...?". "Quizá lo recuerde usted mejor, coronel...".

A Valentín González, "El Campesino", no le habían lucido mucho los dineros de la CIA. Apenas tenía cuatro enseres y, a veces, se los robaban. ¡Pobre feroz guerrero de otros tiempos! Contaban sus enemigos que había huido de la URSS porque se le acusó de robar gallinas. Una huida inverosímil, por el inmenso territorio helado y en guerra, hasta la mismísima Turquía, donde algunos servicios especiales comenzaron a utilizarle. Robar gallinas comunistas le había vuelto un eficaz anticomunista. Se le llevó luego a Roma, donde dio una conferencia en vísperas de las primeras elecciones de la posguerra: era una triste arma del anticomunismo más idiota (el mismo de ahora). Cortés Cabanillas se acordará, porque quiso interrumpir su conferencia llamándole "¡Asesino!".

Valentín González, el pobre energumeno del café Mabillon de París, el "Campesino" de largo pasado abrupto, montaraz y bravío, ensangrentado disparate a la española, bravucón goyesco, era un gran ejemplar de esta fauna. Un vicioso y terrible ejemplar. Un cura Santa Cruz al revés, o quizá no tan al revés. Merecía mejor suerte que la de su utilización por otros energúmenos que no han sido nunca campesinos, ni pistoleros de quien fuera, ni guerrilleros, ni generales de guerra civil, ni fugitivos de la URSS. Ni siquiera ladrones de gallinas. Personaje de ese retablo de títeres de cachiporra, que siguen matando por las esquinas. O por los despachos.

Ahora es un ancianito de asilo. De asilo en el exilio. Y otra vez han ido a buscarle para que cumpla su más triste papel. Para otra campaña anticomunista. Le buscan los mismos tontos de siempre, los tontos inútiles. Los que se inventan, según la cepa latinoamericana, un apócrifo Manual del PCE, tan estúpido como ellos. Y lo difunden, y lo publican, y lo comentan, para su propia vergüenza.

Estos anticomunistas de la vena imbécil llaman a la puerta del asilo del viejo albañil, del general robagallinas, para que diga su opinión del eurocomunismo. Y el pobre títere vencido, el gañán destrozado, responde que no cree en el eurocomunismo. Albricias. Ya están juntos él y ellos. Son los mismos.

Quizá Cortés Cabanillas pueda decir hoy lo mismo que en Roma: "¡Asesino!". Pero, ¿se estará dirigiendo sólo a "El Campesino"? ■

POZUELO